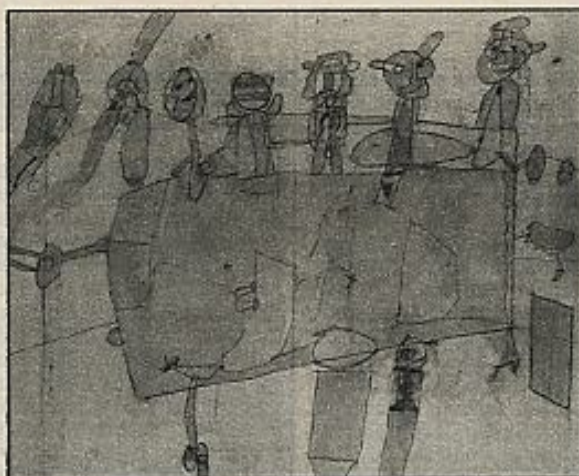


ARTE

¡Marchenero, marcheneero! Así, con ese saludo, disfrazado por broma de reproche, saludaba yo anoche a mi paisano Alfonso Fraile en la hermosa exposición de Juan Gris de la galería Theo. Siempre que nos vemos nos gusta jugar a una rivalidad que no puede existir en realidad entre nuestros dos

pueblos, enclavados los dos en la campiña sevillana. No puede haber rivalidad porque su pueblo, Marchena, si se compara con el mío, La Puebla de Cazalla, es casi una ciudad, y además porque, para nuestra desgracia, ya no podemos vivir en nuestros respectivos lugares. Aquí, en la distancia, los catorce o quince kilómetros que separan nuestros pueblos se funden y todo es paisanaje. Pero fingimos, por juego, una rivalidad que, además, no existe. ¡Marchanero!... Y él: ¡Morisco! ¿Pero por qué seremos —allí— "moriscos" la gente de La Puebla. Bueno: el caso es que ese marchenero, Alfonso



"Comitiva roja", dibujo de Alfonso Fraile.

Fraile, acaba de clausurar en la galería Theo una magnífica exposición.

Oleos de Alfonso Fraile  
Galería Theo. Madrid

Voy a dejar aparte la introducción de José Miguel Ullán porque... porque no la entiendo; porque no acabo de ver la relación entre ella y la pintura de Alfonso... ¿O será que no tiene ninguna relación y que, por tanto, no hay que buscarla? Ullán es un gran escritor. Después de todo, podía hacer, más que una glosa a lo de Fraile, un cacho de su propia creación. Si fuera así, yo ando buscando lo que no existe y me pierdo. Para no perder el tiempo tratando de encontrarme, me ocuparé directamente de la exposición.

Alfonso Fraile es un pintor... ("era un pintor", debo decir mejor) que había rechazado la concentración centripeta del cuerpo de la pintura. Realizaba una pintura descentralizada, en la que, a primera vista, todas sus unidades moleculares tenían su propia vida autónoma, pero que —no— luego resultaba que todas ellas estaban ligadas entre sí por un sutil acuerdo pictoricista, que llegaba a establecer el mismo espectador de la obra. Y eso —el acuerdo con el espectador— era algo que, por supuesto, estaba perfectamente previsto por el pintor. Digo pintor y ruego ahora que se le conceda todo el énfasis posible a esa palabra, porque, sí, lo que Alfonso era en aquella circunstancia de su pintura, como lo es ahora, era pintor... muy pintor.

Pues ahora, con esta exposición de Theo —y creo que a partir de ella, aunque no me

guste formular vaticinios— Alfonso Fraile nos ofrece una imagen distinta de su pintura —o mejor, en su pintura—, que es la que ahora tenemos en cuenta. ¿Distinta? No fundamentalísimamente distinta; no radicalmente distinta: un pintor verdadero —y Fraile lo es— nunca se olvida de lo que ha sido; nunca abandona definitivamente sus raíces. En esa exposición, Fraile se nos ofrece manteniendo el autonomismo molecular de cada uno de sus cuerpos pictóricos, acaso más aumentados, por lo menos aparentemente, porque es, para usar de una terminología más convencional, algo más figurativo. Y es además más contundentemente gráfico: atiende, mucho más que antes, a los valores del diseño, sofocados antes por el pictoricismo. Pero lo que definitivamente parece prestarle una imagen nueva y diferente a su pintura es el uso de una dicción aparentemente primitiva..., no definitivamente "naïf", pero por lo menos con una cierta proclividad infantil.

No "naïf", sí. Porque Alfonso Fraile, que tiene ya muchos años de magisterio pictórico, no tiene nada de "naïf". Tampoco pretende parecerlo ni, mucho menos, adoptar un primitivismo que, dadas las raíces de su pintura, no podría ser más que falso.

Lo que Alfonso Fraile hace es aceptar el magisterio de la primitividad —por muy contradictorias que puedan parecer esas palabras, y que lo sean verdaderamente— y aún más: el magisterio del infantilismo. Probablemente hay unas gotas de humor puestas en todo ello. Pero, desde luego, nada de fingir una primitividad que Alfonso ya no puede tener: está demasiado "adulterado" por el conocimiento. Pero es ese conocimiento el que le permite ser dis-



El Madrid que se va

Acaso ninguna otra ciudad española sufre como Madrid el asalto de la especulación inmobiliaria. En pocos años ha cambiado su cara y se han destruido edificios que le daban su personalidad y su carácter. A este paso quedará como una ciudad sin memoria, porque los viejos edificios son testimonio, a veces únicos, de su pasado.

Ahora, el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid llama la atención sobre un intento más de continuar esa destrucción. Llamada oportuna después del susto estético que ha supuesto la nueva plaza de Colón o del Descubrimiento. El palacio de Zabalboru, muy cercano a la Cibeles, es un ejemplo de "racionalismo neogótico", construido en 1878 por el arquitecto Juan Segundo de Lema, autor asimismo de la Casa Real de Tapices madrileña. El Colegio de Arquitectos pide su conservación no sólo por los valores ambientales, como elemento conformador de un conjunto urbano (que naturalmente los tiene), sino también "por sus valores singulares en cuanto que representa una forma de pensar y de hacer la arquitectura que va más allá de la obra correctamente trabajada"... Construido con piedra y ladrillo rojo, el edificio presenta los materiales utilizados con total sinceridad sin revoco alguno. Posteriormente a su terminación, el arquitecto Sainz de Lastra le efectuó un añadido, y en 1917 Luis de Landeche lo sumó una "estufa" o invernadero de hierro y cristal, uno de los pocos que se conserva en Madrid dentro de este tipo de palacios... Defender el palacio de Zabalboru —dice el Colegio de Arquitectos— va a significar recuperar no sólo un edificio de interés, sino unas parcelas de la cultura arquitectónica que tuvo una incidencia muy importante en su posterior proceso evolutivo. ■ V. M. R. Foto: COAM.